

## EL HOMBRE CAZADOR: GÉNERO Y VIOLENCIA EN CONTEXTOS DE MÚSICA Y BEBIDA EN COLOMBIA<sup>1</sup>

*Peter Wade*\*\*  
*Universidad de Manchester*

**Resumen:** *Se presenta un análisis de las diferentes construcciones subjetivas que tienen hombres y mujeres de la región pacífica colombiana, especialmente de algunos sectores del Chocó, sobre las masculinidades y las feminidades. Adicionalmente el artículo muestra cómo estas representaciones se transforman, crecen y se relacionan, y las formas y estrategias específicas que adoptan las personas cuando intentan consolidar y describir la manera de asumirse hombre o mujer. Para ello se toma el hombre cazador como figura de análisis y se recogen relatos acerca de situaciones violentas y no violentas concernientes a la relación entre los géneros.*

**Palabras clave:** *masculinidades, feminidades, género, violencia*

**Abstract:** *This study presents an analysis of the different subjective constructions of masculinities and femininities on the part of men and women in the Colombia Pacific regions, especially in some parts of Chocó. It also shows how these representations are transformed and how they inter-relate, and the specific strategies adopted by people who try to consolidate the way in which they become male or female. The figure of man the hunter is taken as a figure of analysis, gathering accounts of violent and nonviolent situations representative of gender relations.*

**Key words:** *masculinities, femininities, gender, violence*

### Introducción

Las explicaciones sobre la violencia masculina hacia las mujeres pueden caer en la trampa de construir conceptos monolíticos y universalistas de la masculinidad: la dominación masculina se hace efectiva a través de la violencia física. Si bien esto es indudablemente una consecuencia probable de tales actos, esta visión simplifica en exceso el complicado proceso de constitución de la masculinidad, y puede incluso aceptar como válidas algunas de las representaciones de la masculinidad como «naturalmente» agresiva. Preferiblemente, la masculinidad tiene que ser vista como una gama de posibles posiciones que los hombres constituyen en relación con otros y respecto a las representaciones culturales de masculinidad que pueden ser variadas y contradictorias. Lo mismo claramente aplica a la feminidad y de hecho a la subjetividad en general (cf. Moore, 1994; cf. también Pleck 1981). La violencia es una posibilidad que se deriva de un contexto en el que las diferencias de poder, usualmente con una base material en la división sexual del trabajo, son implícitas y

\*Artículo tipo 2 (de reflexión) según la clasificación de Colciencias; es parte de la investigación realizada gracias a un *fellowship* del Queen's College de Cambridge, sobre migrantes negros del Pacífico a Medellín, y con el auspicio del SSRC (Social Science Research Center) y de la British Academy. Este artículo aparece aquí por primera vez en castellano; fue publicado en 1994 (como «Man the Hunter: Gender and Violence in Music and Drinking Contexts in Colombia»). En: *Sex and Violence: Issues in Representation and Experience*. Eds. Peter Gow y Penelope Harvey (London: Routledge): 115-137). El autor agradece a Cecilia McCallum y Penny Harvey por comentar el primer borrador de este capítulo. La traducción de este artículo estuvo a cargo de Mónica Dorado y Gabriela Castellanos.

\*\*Desde 1995, profesor del Departamento de Antropología Social de la Universidad de Manchester en Inglaterra. Desde la investigación que realizó para su disertación doctoral (1981-1985), ha investigado sobre relaciones étnicas y raciales en Colombia, primero en Unguía, cerca a la frontera con Panamá, luego en Medellín y en Cali. Entre sus libros publicados encontramos (2008) *Raza, etnicidad y sexualidades: ciudadanía y multiculturalismo en América latina*. Eds. Peter Wade, Fernando Urrea Giraldo y Mara Viveros Vigoya. (Bogotá: Centro de Estudios Sociales (CES), Universidad Nacional de Colombia);

(2007) *Race, Ethnicity and Nation: Perspectives from Kinship and Genetics*, ed. P. Wade. (Oxford: Berghahn); y (2000) *Music, Race and Nation: Música Tropical in Colombia* (Chicago: University of Chicago Press). (Traducido por Adolfo González como *Música, raza y nación: música tropical en Colombia*, Bogotá, Vicepresidencia de la República, Departamento Nacional de Planeación, 2002).

E-mail: [peter.wade@manchester.ac.uk](mailto:peter.wade@manchester.ac.uk)

explícitas en las construcciones culturales de género que dan un estatus dominante a ciertas representaciones de masculinidad.

En este capítulo examino las diferentes masculinidades y feminidades en un contexto colombiano específico, analizo cómo interactúan, evolucionan y entran en conflicto, y observo las estrategias, violentas y no violentas, que las personas adoptan cuando intentan constituir en sus vidas posiciones subjetivas específicas como «hombres» y «mujeres».

### **La familia en las regiones del Atlántico y del Pacífico de Colombia**

Las regiones costeras del Atlántico y del Pacífico de Colombia que me competen han sido influenciadas fuertemente por poblaciones de esclavos negros. La región del Pacífico todavía es en un 80-90 por ciento negra, muy pobre y subdesarrollada; mientras la región Atlántica, usualmente conocida como «la costa», es mucho más una mezcla tri-étnica y es también más urbanizada y desarrollada (ver Wade 1993).

En ambas regiones las estructuras familiares tienen ciertos aspectos en común que las distinguen de las blancas/mestizas del interior andino del país. Es obvia la alta frecuencia de unión libre. Los cambios de cónyuge durante la vida son bastante comunes y tanto hombres como mujeres frecuentemente tienen dos o más compañeros consecutivos. Norman Whitten (1974) identifica un modelo al que llama «poliginia serial» en la que un hombre va a través de una serie de uniones que se superponen temporalmente. En dicho modelo, obviamente las mujeres también cambian de cónyuge, aunque para ellas las posibilidades de relaciones temporalmente simultáneas, son mucho más restringidas, como era de esperarse. Un resultado de esto es un sin número de relaciones de medio-hermanos. Otro corolario es la presencia de una proporción relativamente alta de madres cabezas de hogar, que de hecho son a menudo etapas temporales en la dinámica de la poliginia serial. También hay un desarrollo de la llamada familia matrifocal, en la cual con el tiempo la madre se convierte en el punto central de identificación y guía para sus hijos y a veces hasta para sus nietos, ya que los hombres vienen y van, con menor permanencia (Dussán de Reichel 1958, Gutiérrez de Pineda 1975). Aun cuando el varón es permanente, frecuentemente

tiene relaciones con otras mujeres y puede mantener otros hogares, de modo que de nuevo el foco de la familia se centra en la mujer y sus hijos.

Otro rasgo distintivo de los arreglos relacionales en estas regiones es la poliginia más usual, en la que un hombre mantiene relaciones aproximadamente iguales con dos o más mujeres. Esto va desde los casos en los cuales un hombre podría llegar a tener dos relaciones en derecho consuetudinario de una naturaleza relativamente a largo plazo con dos mujeres en hogares separados, a los casos bastante raros en que sus mujeres, viven bajo el mismo techo. Como se reporta en una reciente investigación ambas formas son más comunes en la región de Pacífico, donde las mujeres dicen simplemente: «Aquí la costumbre es que los hombres tienen derecho a tener al mismo tiempo más de una mujer» (Maya 1987: 134). Hay también muchos casos de hombres legalmente casados, con una esposa principal, a veces conocida como la «mujer de asiento» (el asiento tiene varios significados, incluyendo sitial, permanencia, estabilidad), y otras mujeres, a menudo llamadas las «queridas» (amantes o mozas). Esto es más un modelo urbano, más común en la región Atlántica.

Estos arreglos flexibles, cambiables, coexisten con las relaciones conyugales estables, pero son característicos de estas regiones y las distinguen del interior Andino donde es mucho más frecuente el matrimonio católico, y son más raros los casos de madres cabeza de hogar, la monogamia es la norma y los hombres están más permanentemente atados a una sola unidad doméstica basada en el lazo matrimonial. Hay, por supuesto, variedad entre y dentro de estas áreas costeras. En la región del Pacífico, la movilidad masculina, la poliginia serial, la poliginia con mujeres con igualdad de estatus, y las tasas bajas de matrimonio son todas más comunes que en la región Atlántica. En ambas áreas, la mayor respetabilidad del matrimonio y la conformidad a patrones característicos del interior Andino, significan que las estructuras de clase y el estatus afectan las estructuras familiares.

Éste no es el lugar para examinar las explicaciones para estas estructuras familiares particulares. Sin embargo es importante anotar que para Colombia varios comentaristas han puesto énfasis particular en la movilidad masculina, tanto como un medio para canalizar

recursos dispersados y/o inestables y actividades de ingreso-ganancia, como por ser una norma cultural (Whitten 1974, Gutiérrez de Pineda 1975, Friedemann 1974).

### Imágenes y relaciones de género

Estas estructuras familiares se reflejan en algunas de las ideas que las personas de estas regiones tienen acerca cómo son los «hombres» y las «mujeres», ideas reconocidas igualmente por hombres y mujeres. Éstas no son simples imágenes aisladas de género, sino varios conceptos en relación con los cuales las personas constituyen intersubjetivamente un sentido de sí mismos como «hombre» o como «mujer», y qué ellos y ellas pueden usar para representarse como tales, tanto ante sí mismos como ante otros. Examinaré brevemente algunos conceptos centrales, delineando las oposiciones básicas y las áreas potenciales de conflicto. Como parte de este proceso, usaré las letras del popular género musical costeño llamado «vallenato» que expresa ciertos aspectos de estos conceptos, específicamente visto desde una perspectiva masculina, dado que estas canciones son interpretadas y escritas completamente por hombres.

Un concepto central y poderoso de masculinidad, reconocido por hombres y mujeres, es el del hombre como nómada, cambiando de compañera, moviéndose de una mujer a la otra. Esto está probablemente arraigado en los modelos reales de movilidad masculina. Whitten (1974: 125) por ejemplo, señala que los movimientos de un hombre generalmente están conectados con estrategias económicas, pero también que parte de ese proceso de convertirse en varón adulto en la región de Pacífico es «*andar y conocer*» (trasladarse y volverse conocedor), donde conocer incluye el conocimiento sexual. Una extensión de esta imagen es el hombre como *mujeriego*, involucrado en la conquista sexual de mujeres incluso cuando está comprometido en una unión conyugal relativamente estable. Una segunda imagen inseparable de la masculinidad es la del hombre *parrandero*, el bebedor amante de las diversiones y bailarín que siempre está listo para la fiesta con sus amigos varones, con quienes se queda toda la noche bebiendo ron, escuchando música y bailando, contando chistes e historias. Hay, sin embargo, un segundo concepto bastante diferente de masculinidad:

el del padre bueno que mantiene a sus mujeres y hijos. En la región Pacífica en la provincia del Chocó, la señal de madurez de un hombre es ser capaz de tomar a una mujer para su hogar y mantener a ella y los hijos que tiene junto a ella (Maya 1987: 116).

Cuando una unión conyugal se termina, el hombre continúa teniendo la responsabilidad residual por los hijos que llevan su apellido (Whitten 1974: 119), aun cuando en la práctica esta responsabilidad es muchas veces sólo simbólica. Esta masculinidad está asociada a las ideas de sacrificio, apoyo, lealtad y durabilidad, y como tal armoniza con algunos de los valores centrados alrededor de la feminidad como maternidad. Estos dos conjuntos bastante diferentes de valores alrededor de la masculinidad también han sido observados en una variedad de formas en el Caribe y, por supuesto, no están desligados de nociones europeas y norteamericanas (Whitehead 1986). Como lo señala Whitehead para las Antillas, la construcción de una masculinidad poderosa o fuerte depende grandemente de lograr un equilibrio entre estos dos conjuntos de valores (1986: 224).

En contraste, el concepto más central de feminidad, ve a las mujeres como una fuerza estabilizante. En la región del Pacífico, por ejemplo, la madre es simbolizada como el «guayacán de esquina», un poste en la esquina de una casa hecho de madera tropical muy dura y durable que apoya la estructura entera de la casa (Maya 1987: 139). Una mujer es considerada adulta cuando ella ha tenido su primer niño y su responsabilidad básica es a sus hijos. Si ella es incapaz de mantenerlos con los ingresos de su compañero masculino o los propios, ella encontrará a alguien, normalmente una pariente mujer, que los cuidara y mantendrá. Entonces el de la madre es un concepto muy importante de feminidad. También hay otros conceptos de feminidad – el de *la puta* y el de *la solterona*, entre otros, para no mencionar diferencias de raza y clase – pero el de la madre es el que constituye la base para este análisis. Sin embargo, el concepto de madre es en sí mismo, también diferenciado, ya que las madres pueden ser jóvenes o viejas, con muchos o pocos hijos y así sucesivamente. Crucialmente, también pueden estar casadas o solteras, con o sin un compañero masculino. Hay una tensión importante –correspondiente a la tensión entre las masculinidades del

*mujeriego/parrandero* y del padre bueno— entre lo que nosotros podríamos llamar maternidad «conyugal» e «independiente»: por un lado la madre que no solamente confía a su compañero el soporte material, sino que también está envuelta en una relación conyugal en la que ambos compañeros se identifican con la unión y contribuyen a su estabilidad; y por el otro aquella que intenta mantener una independencia material y psicológica que trasciende los límites temporales de lo que puede ser una unión frágil.

Tanto hombres como mujeres construyen a través de sus vidas posiciones subjetivas de masculinidad y feminidad, tratando con estos conceptos como fuerzas centrales definitorias —discursos y prácticas— que ellos y ellas conocen y reconocen. Pero se relacionan con ellas, y por tanto también entre sí, de maneras muy diferentes, maneras fuertemente influenciadas por relaciones desiguales de género y poder. Los hombres toman una actitud positiva hacia la imagen de hombre *parrandero*, vagabundo y *mujeriego*. Ser así, o afirmarlo, es una base fuerte para negociar una posición masculina vista como algo prestigioso por otros hombres, y hasta cierto punto por las mujeres también. Ser un «padre bueno» también es aceptado por los hombres, pero si socava la representación ante sí mismo o ante los otros, como *parrandero* y/o *mujeriego*, entonces puede entenderse fácilmente como una señal de debilidad. Ya sea que las mujeres aprueban o no de la masculinidad del cazador nómada, está claro que en algún sentido ellas aceptan al hombre poligínico, e incluso *mujeriego*. Como lo expresé anteriormente, las mujeres rurales de la provincia del Chocó en la región del Pacífico simplemente dicen de la poliginia de un hombre es un «derecho» por costumbre. Una mujer chocona me dijo que a ella no le importaría que su hombre tuviera «mujeres en la calle» (es decir, enredos sexuales fuera de la relación conyugal), con tal de que ella fuera «la principal», la mujer más importante.

Por otro lado, dada la división sexual del trabajo y la posición de desventaja de las mujeres en el mercado laboral, la base material con la cual ellas pueden

constituir una posición femenina con un enfoque central de familia estable se ve amenazada por la posibilidad de la inconstancia masculina.<sup>3</sup> Claramente, una fuente principal de apoyo es el padre del niño y una mujer generalmente espera y quiere que él proporcione el apoyo económico. La tendencia real de los hombres a cambiar de compañeras y su evaluación positiva de ser *mujeriego* significa que sus contribuciones económicas a las compañeras femeninas sucesivas o simultáneas y a sus hijos pueden ser irregulares y sujetas a la atenuación. Por consiguiente las mujeres reconocen su propia necesidad de construir una posición más independiente desde la cual presionar a los hombres a proporcionar el apoyo económico y hacerles cumplir sus obligaciones, usando su propia posición como proveedoras de servicios domésticos y sexuales, posiblemente usando las manipulaciones mágicas como medio para este fin. Por lo tanto, aunque las mujeres puede que vean como un aspecto de masculinidad «natural» al hombre cazador nómada, ellas se refieren también a un concepto adicional de masculinidad que ve a los hombres como irresponsables, un concepto reconocido al igual por hombres y mujeres, pero que tiende a ser usado más por las mujeres contra los hombres. Por esto, los hombres siguen valorando sus actividades como *mujeriegos* y la parranda a expensas de las responsabilidades de la paternidad.

La posición femenina central de estabilidad y apoyo es vista positivamente por hombres y mujeres, pero hay diferencias significativas. Para las mujeres, es una posición en la cual la negociación necesariamente involucra el compromiso y el sacrificio, y que puede tener aspectos que son forzados en ella por la inconstancia de su compañero masculino y la debilidad de su propia posición dentro del mercado laboral. Por consiguiente a esto se le atribuye un valor positivo que está conectado estrechamente con un sentido de sacrificio personal por su familia, e inversión en ella, que en parte puede haber sido creada independientemente de compañeros masculinos. En contraste, los

<sup>3</sup>En esto hay una diferencia significativa entre la región de Pacífico y el Atlántico. En la primera, las mujeres constituyen una proporción muy superior de la población económicamente activa, trabajando en agricultura y minería, según las estadísticas oficiales (DANÉ 1986: 541, 676). Hay indicaciones por consiguiente, que ellas no son económicamente dependientes de los hombres. Sin embargo, ya que las relaciones de género y la división sexual del trabajo no fueron mis preocupaciones principales de la investigación, no tengo los suficientes datos para saber lo que son las diferencias reales en la dependencia, o el impacto de esto en las relaciones del género.

hombres pueden considerar esta posición femenina desde un ángulo diferente, viendo lo que les hace a ellos como hombres. Ellos pueden afirmar que les deben todo a sus madres quienes los dieron a luz y los criaron, antes que a sus padres quienes fueron figuras más bien difusas. Capitalizando una imagen positiva de las mujeres como estable y doméstica, los hombres intentan presentar un cuadro de las mujeres como personas sobre quienes ellos tienen el mando, y quiénes se someterán a las demandas de los hombres. La *mujer conforme* es generosa y desinteresada: ella ama a su hombre, le proporciona el apoyo doméstico, ninguna intenta controlarlo o explotarlo, y no interfiere con sus actividades fuera de la casa.

Por otro lado, hay un concepto adicional de feminidad, de nuevo reconocido por hombres y mujeres, pero representado diferentemente por ellos y ellas. Para las mujeres, hay la noción de una independencia en la maternidad que sirve para protegerlas hasta cierto punto. Los hombres tienden a representar a las mujeres en el concepto de *materialista*, es decir, como codiciosa e intentando explotar a los hombres económicamente. Los hombres también pueden afirmar que las mujeres intentan atraparlos e incluso dejarlos indefensos por medios mágicos. Este concepto de una feminidad peligrosa también se expresa en la creencia de los hombres de que el sexo con una mujer es una actividad debilitante y por consiguiente que el sexo repetido puede minar a un hombre. En este estado de debilidad su control y dominación se disminuye y él se hace más susceptible al ataque mágico. Aquí la amenaza no es tanto presentada por las mujeres como por la relación sexual en sí misma. Este es un temor de los límites de cuántas mujeres un hombre puede abarcar, que él no podrá mantener a todos sus enlaces sexuales activos y a todas sus compañeras mujeres bajo su dominación en un sentido sexual.

Surgen, entonces, terrenos de conflicto, cuando hombres y mujeres construyen de modo intersubjetivo posiciones de masculinidad y feminidad. Por ejemplo, un hombre puede intentar negociar una masculinidad basada en ser parrandero y mujeriego, y al mismo tiempo, intentar crear y mantener una familia y evitar imputaciones de irresponsabilidad. Hay tal vez un elemento procesal, de cómo los hombres más viejos progresivamente invierten más tiempo y energía

definiéndose como «hombres de familia» y se refiere a las actividades anteriores de su juventud de mujeriego como un substrato de su masculinidad personal - aunque otros hombres pueden verle como si hubiera sido «domesticado» por sus compañeras femeninas. Una mujer puede intentar constituir una feminidad personal basada en la maternidad, y evitar ser abandonada por el padre de sus hijos, o ser explotada sexualmente o, como analizaré después, físicamente abusada. Para este fin las mujeres colombianas, como podría esperarse, empiezan a ver sus estrategias en el contexto de las relaciones de poder desiguales entre ellas y los hombres. Es decir, hombres y mujeres ocupan posiciones diferentes en la división sexual del trabajo que les da el menor poder económico a las mujeres (ver nota 3); y - obviamente conectado a esto de una manera mutuamente permitida - hay un discurso dominante de género el cual jerarquiza las posiciones generizadas que constituyen a hombres y mujeres, subordinando y circunscribiendo las feminidades.

Miraré más de cerca las estrategias de hombres y mujeres para constituir sus posiciones masculinas y femeninas en la próxima sección. Aquí quiero explorar cómo son representadas en las letras del vallenato algunas de las imágenes que he descrito. Si bien la representación de masculinidad en este género musical está apoyada en el discurso dominante de género, hay un reconocimiento de diferentes posiciones masculinas y femeninas y un esfuerzo por reconciliarlas en una forma que reproduce la masculinidad dominante. El equilibrio de los diferentes valores masculinos de paternidad buena y el ser mujeriego/parrandero aflora en las letras, pero son hombres los que definen este equilibrio, logrando dominar a las mujeres.

El vallenato se impuso en los años cuarenta, aunque sus raíces están en la música folclórica tradicional de la Costa, un corpus pesadamente influenciado por la presencia de muchos esclavos negros. Está basado en el acordeón (el cual reemplazó tempranamente a las guitarras), un solo tambor llamado «caja» y una «guacharaca» (rallador). En las últimas décadas se ha vuelto una forma nacionalmente conocida de música pop y está altamente comercializado. Hay en general varios «temas culturales» subyacentes al vallenato (Llerena 1985: 102), aunque éstos están contenidos dentro de un discurso de masculinidad: la vida debe



disfrutarse en la parranda (bebida, baile, música) y en las relaciones con mujeres; los hombres deben tener relaciones sexuales con varias mujeres al mismo tiempo; un hombre debe ser amigo honorable y fiel hijo y padre; el dinero es inferior a las cualidades morales; las mujeres no deben empezar una relación con un hombre por interés económico. Debe notarse que los temas de mujeres y parrandas no son específicos de la Costa y también son característicos del Pacífico.<sup>4</sup>

El tema de «andar con mujeres» es popular, normalmente unido con la parranda, como en Los Gavilanes de Calixto Ochoa, donde el tema del varón rapaz está muy claro.

Allá en la Costa hay dos gavilanes  
Muy peligrosos con las muchachas  
Uno llama Manuel Lora  
El otro es el turco Aza.<sup>5</sup>  
Esos muchachos sí pasan  
Una vida muy sabrosa

Ellos parecen dos gavilanes  
Que cuando hay fiesta  
Rodean la casa,  
Antes de acabarse el baile  
Se pierde alguna muchacha,  
Si no se la lleva Lora  
Se la lleva el turco Aza.

La imaginería de la depredación es bastante explícita: los hombres son «peligrosos» y ellos se comparan a las aves de rapiña con todas las connotaciones de libertad, movimiento incontenible, dominancia sobre de sus víctimas, crueldad y violencia. Las muchachas simplemente se representan como víctimas desvalidas cuyo destino es cierto: ellas se verán «perdidas», es decir no sólo físicamente raptadas sino también robada su virginidad. El carácter en general de las letras es cómico y alegre, en lugar de amenazador o amenazante, pero esto no disminuye la representación de los hombres como «cazadores» de mujeres. Quizás también la alegría sirve para empujear la referencia implícita de la violencia real que los hombres pueden ejercer en las mujeres: esta representación de empujamiento

es algo a lo que me refiero de nuevo al analizar la violencia doméstica.

En lugar de representar al hombre como cambiador de compañeras en una serie de uniones libres, las canciones tienden a presentar al varón en una relación firme con una mujer, «la principal» con quien él tiene un enlace romántico fuerte, mientras continúa varios enlaces sexuales más allá de la esfera doméstica. En varias canciones, las atracciones y antagonismos contradictorios de estas relaciones entre hombres y mujeres, son exploradas pero siempre desde el punto de vista masculino. El comportamiento del hombre como fuente de irritación en la mujer está reconocido, pero ella es persuadida a creer que el hombre está comprometido con ella y cumplirá sus obligaciones a pesar de sus actividades extra-domésticas. «La Maye» de Rafael Escalona empieza con Maye la mujer, que constantemente está en averiguaciones sobre su hombre en sus parrandas. Él le dice:

¡Ay! tranquilízate Maye,  
Deja a Rafael tranquilo,  
Que no me gasto por la calle,  
Yo siempre te llevo lo mismo.

Las últimas dos líneas son especialmente importantes. La lectura más superficial es que el hombre puede participar en parrandas interminables y no retornar a casa con rastros de borrachera. Detrás de esta interpretación hay una sugerencia de que él evita el sexo extra-matrimonial («no me gasto por la calle»), pero la fuerza real de este comentario es la idea de que el sexo que él tiene en realidad no lo debilita, que él es capaz de dominar sexualmente a varias mujeres a la vez. La insinuación interesante aquí es que el sexo que él tiene con su «mujer principal» es de hecho una obligación que le debe a ella, en lugar de una expresión de su dominación sexual. Es decir, que para conservar en orden la esfera doméstica, el hombre tiene que cumplir ciertas obligaciones y uno de éstas es la sexual. Esto lleva a un tercer nivel el significado de estas líneas que se refieren en conjunto a las obligaciones domésticas de un hombre. En efecto, el hombre está afirmando que él puede llevar ambas, la vida de un hombre

<sup>4</sup>Las letras que se examinan aquí son de Llerena (1985).

<sup>5</sup>Turco aquí se refiere a personas de origen Sirio-Libanés.

parrandero y mujeriego, y mantener su situación doméstica al mismo tiempo intacta, reconociendo y cumpliendo la legitimidad de sus deberes económicos hacia la casa.

Aquí surge una distinción entre las actividades del hombre «en la calle», y sus actividades domésticas. En el primer campo él es parrandero y mujeriego, y las mujeres son sus víctimas; en el último él es el esposo/padre y su esposa y hijos tienen ciertos derechos. Por supuesto la idea es que los dos reinos son íntimamente interdependientes, ya que el éxito del hombre como festejador y mujeriego depende en parte de mantener a su mujer principal feliz, o si no lo es, al menos sumisa en el reino doméstico. Además su interdependencia es consolidada, como lo analizaré después, por el hecho de que a menudo se traen las parrandas a casa y se espera que la esposa del hombre coopere y apoye la hospitalidad que él brinda. Esta interdependencia a menudo quiere decir que surgen conflictos entre hombres y mujeres en las relaciones conyugales sobre las actividades extra-domésticas del hombre: en este conflicto los hombres tratan de imponer su autoridad en las mujeres.

Aparte de exhortar a las mujeres a someterse a los intereses de los hombres, las canciones del vallenato también enfatizan que la mujer no debe casarse por dinero o más generalmente tener una relación con un hombre por motivos económicos propios. En «Amor Comprado» de Armando Zuleta, el hombre dice:

Pero es triste que una mujer  
Se entregue a un hombre por interés  
Porque ese hombre no la puede querer  
Pero ni ella puede quererlo a él.

¡Ay! si yo tuviera pa' comprar tu amor  
Yo lo compraba,  
Cuando estuviéramos en lo mejor  
Yo te olvidaba.

En efecto, afirmando que por ese interés personal materialista se cancela el amor real que trae con él la satisfacción armoniosa del cumplimiento de las obligaciones, el hombre está negando a la mujer el derecho a exigir que él haga su deber por ella: esto debe quedar a la discreción de él. En «La Maye» había un

reconocimiento de las obligaciones de un hombre a su mujer principal, y específicamente que el hombre tenía un deber sexual hacia ella, y esto fue presentado como una obligación menor porque el hombre tenía suficiente energía sexual para andar con varias mujeres. Aquí, en cambio, la aserción más poderosa es que una mujer no debe exigir demasiado. El último verso de la canción, es la transgresión de la mujer a esa norma masculina impuesta lo que provoca al hombre a reafirmar su criterio a abandonar totalmente sus obligaciones con ella y dejarla. De esta manera, un hombre puede justificar dejar a las mujeres que hacen demandas de sus recursos económicos que se convierten en una carga: él se reserva el derecho de ser nómada y cambiar de compañeras femeninas, en contra de la estabilidad del interés económico de la mujer (para no mencionar cuestiones de amor), diciendo que sólo si ella no exige él la podría amar y cumplir sus obligaciones.

La mujer debe ser conforme, como en la canción de título, «La Mujer Conforme» de Máximo Movil, que pinta un cuadro de una esposa amorosa y paciente, que ayuda a su hombre durante los tiempos duros en la granja. A cambio él promete darle una vida buena mudándola al pueblo si él puede, porque «la mujer conforme/se merece muchas cosas». Es decir, si una mujer es conforme y sumisa ella conseguirá lo debido, según el criterio del varón. Una contradicción clara se revela en estas canciones entre, por una parte, el reconocimiento del hombre de la legitimidad de las demandas de su mujer, conectado con las imágenes de masculinidad como ser un compañero masculino bueno y padre y corresponder a las ideas de amor conyugal; y, por otra parte, su rechazo de las demandas de la mujer que corresponden a un concepto de masculinidad basado en tener muchas mujeres y salir de parranda. Al buscar un equilibrio entre estos valores y actividades, según las canciones, los hombres definen cuáles demandas de la mujer son aceptables.

Permitámonos mirar más detenidamente la parranda en sí misma. Lo que quiero enfocar aquí es su importancia para definir un cierto aspecto de masculinidad. Al ser parrandero un hombre costeño puede adoptar una cierta posición masculina en relación con otros hombres así como también con las mujeres. Ser parrandero es una fuente de prestigio entre los hombres. En las condiciones ideales, un hombre debe

ser capaz de beber fuertemente sin inutilizarse. Los hombres costeños cuentan, en medio de la risa, los trucos usuales de los cuales son víctimas los hombres incapacitados por el exceso de bebida, como afeitarles el pelo, o quizás una ceja. En su lugar un hombre debe sostener su bebida y debe sentirse orgulloso de decir a sus amigos al alba «estoy amanecido» (He estado toda la noche despierto, es decir bebiendo). Una canción del vallenato dice: «La parranda es pa' amanecer / Al el que se duerma lo motilamos». Un hombre también debe ser un infatigable y habilidoso bailarín. Sin embargo, bailar es sólo una parte de la parranda. Hay un sentido fuerte en el cual la parranda es una expresión de solidaridad masculina: sólo participando en las parrandas con otros hombres, un hombre puede establecer relaciones íntimas con ellos. Parte de esta participación consiste en ser fiel, cooperativo, generoso y de recíproco dentro del grupo masculino. Si un amigo quiere parrandear, uno debe complacerlo acompañándolo. En «La Excusa», de Diomedes Díaz, el hombre explica que él se encontró con su compadre en la calle y compraron una botella de ron. Entonces algunos otros amigos se volvieron a su compadre y lo persuadieron de quedarse: «me dio pena no complacerlo / porque así somos los hombres parranderos». De la misma forma, beber acentúa la solidaridad social entre los hombres. Al principio de una sesión de bebida y a menudo a través de toda, pequeños tragos son vertidos en los vasos de cada hombre y son bebidos de un trago al unísono. Si hay sólo un vaso, entonces éste pasa de boca en boca de cada hombre por turno, siendo llenado por el hombre que tiene la botella. La solidaridad masculina existe, por supuesto, dentro de una red particular de amigos, primos y compadres. No se generaliza a todos los hombres y, por el contrario, las relaciones con otros hombres pueden ser competitivas, antagónicas y violentas. Me referiré de nuevo a este aspecto en la próxima sección.

Antes de ello, sin embargo, es necesario considerar brevemente el status de las canciones e imágenes que he estado analizando, dado que plantean el problema de la relación entre la representación y la práctica. Las canciones del vallenato no son simplemente una versión idealizada de las actividades de hombres y mujeres, producida por sujetos masculinos; ni son representaciones absolutamente autónomas que convierten

«machos» y «hembras» en «hombres» y «mujeres». No son sedimentaciones o destilaciones de la práctica, ni tampoco son un juego de reglas para la práctica. Más bien son parte de un discurso, representaciones que crean masculinidades y feminidades, como objetos de conocimiento (diferenciados internamente), en relación con los cuales hombres y mujeres constituyen en parte sus propios sentidos de identidad de género de manera intersubjetiva. Parte de ese proceso constitutivo también está en reproducir el vallenato, escribirlo, cantarlo, bailarlo y escucharlo. Hacer estas cosas no es simplemente una «expresión» del sentido de la identidad de género; es parte de la constitución de ese sentido. Lo relevante aquí es el contexto concreto en el que muchas de estas actividades se llevan a cabo. Por ejemplo, bailar vallenato es un contexto significativo de interacción de lo masculino-femenino, de cortejo y amistad masculina-femenina, de andar con mujeres y de parranda (ver más abajo mi análisis de la danza). Hombres y mujeres de diferentes edades y condiciones se dedican a esta actividad - jóvenes y viejos, casados/cohabitantes y solteros, mujeres conformes y hombres parranderos, aunque lo hacen de maneras diferentes y teniendo en cuenta diferentes fines - y así cuando las relaciones masculinas-femeninas son dramatizadas en canciones, hacen parte de la constitución de masculinidad-feminidad de la cual participa la práctica de la danza.

Un ejemplo ligeramente diferente es un estudio de caso que detallo en la próxima sección acerca de un hombre cuyos hábitos de parrandero crearon conflicto con su esposa. Él usaría activamente las letras de las canciones del vallenato, sobre todo durante los períodos de conflicto, afirmando su dominación y masculinidad en ella. Una de sus líneas favoritas era, «Yo soy parrandero - y qué? / A nadie le importa». Como este ejemplo lo muestra, el poder y la representación están claramente vinculados y el hecho de que los hombres estén al mando de estas representaciones particulares no sólo se refleja en las imágenes de hombres y mujeres que ellos plasman, sino también en la dominación económica y social de los hombres.

### **Relaciones de género y estrategias: el rol de violencia**

En la sección anterior se perfilaron algunos conceptos básicos de masculinidad y feminidad, ambos



deducidos del vallenato y de mis propias observaciones. Deseo examinar más en profundidad las relaciones y estrategias actuales involucradas en la constitución de identidades de género en hombres y mujeres, estudiando el papel de la violencia y usando un estudio de caso particular de relación matrimonial en la que sé que la violencia física contra la mujer ocurría con alguna regularidad.

La idea básica subyacente en esta sección es que los hombres y mujeres emplean diferentes estrategias, a menudo contradictorias, para constituir sus posiciones de género. Los hombres pueden intentar cambiar de compañeras y/o tener varias a la vez. Esto toma varias formas –por ejemplo la poliginia serial, o la poliginia ordinaria con acuerdo de esposa-más-amantes– y depende en parte en las circunstancias. Tanto la poliginia serial como la poliginia ordinaria pueden estar conectadas con las estrategias económicas de los hombres cuando ellos transitan explotando diferentes nichos y recursos económicos (Whitten 1974). Todas las formas también se relacionan con el máximo valor puesto por los hombres en la conquista sexual y con el acumulado prestigio del hombre mujeriego.

Los hombres también están involucrados en relaciones masculinas de enlaces fuertes que son poderosamente afectivas y también cargadas con ideas sobre la solidaridad y el deber. El prestigio también está involucrado aquí ya que la reputación de un hombre entre otros hombres es muy dependiente de ser vista en forma recíproca, generosa y fiel. La participación en las redes masculinas está estrechamente vinculada con la parranda: como lo dijo un amigo costeño, «El hombre que no va a parrandear, no puede relacionarse socialmente.» Adicionalmente, la situación económica de un hombre está vinculada a la parranda porque la socialización es la manera de hacer contactos cruciales para los favores económicos, la ayuda, los préstamos, la información y así sucesivamente. Obviamente las parrandas pueden ser un negocio costoso y las salidas pueden pesar más que los beneficios potenciales, pero parte de la utilidad de la red masculina es su flexibilidad: cuando un hombre está corto de fondos, a otro puede sobrarle un poco. También la red actúa para redistribuir el ingreso del más rico a los hombres más pobres dentro del círculo de amistad. Un hombre con una base económica sólida puede permitirse el lujo en términos

económicos de optar por salirse de esta red (la cual puede en efecto volverse exigente y desigual), pero de todos modos se arriesga a la censura y pierde prestigio. Un hombre con una situación económica menos sólida depende a menudo más completamente de esta red. Por supuesto, en la práctica los hombres también frecuentemente dejan de pagarse las deudas entre sí, ocultan su dinero para evitar comprar el ron o que se les pida un préstamo, y se burlan unos de otros por su tacañería y así sucesivamente: las realidades económicas significan que el ideal no siempre puede lograrse. El hombre hábil es el que cronometra sus acciones estratégicamente para mantener la reputación de buen amigo.

Las estrategias de una mujer son bastante diferentes. Hay varias posiciones femeninas en las que las mujeres pueden relacionarse claramente. Por ejemplo, las mujeres solas sin hijos generalmente están en una fase en la cual esperan tener hijos algún día en el futuro. Cada vez más una minoría de mujeres prolonga esta fase por intereses en la educación y ambiciones profesionales, y desde la posición de feminidad que ponen en juego usualmente prefieren conservar su reputación y evitar los hijos. La resistencia a los esfuerzos de la conquista de los hombres, la discreción en las relaciones en las cuales ellas deciden involucrarse y las prácticas anticonceptivas son las tácticas básicas aquí. Las mujeres solas con hijos pueden evitar las relaciones con los hombres, creando una posición independiente. Mercedes Maya (1987: 129) observa que preguntó a una mujer minera negra con cinco hijos si ella no quisiera un hombre, y ella contestó, «¿Para qué varones, si no hay hembras que les cocinen?». Maya interpreta esto como la aprobación femenina de una división del trabajo en el que las mujeres cocinan para los hombres, pero esto me suena muy parecido a una negativa de esta mujer a asumir ese papel (cf. Moore, 1988: 64, sobre evidencia de la preferencia de las mujeres por la independencia).

Sigue siendo el caso, sin embargo, que la inmensa mayoría de mujeres tiene una relación conyugal y/o tienen hijos, y que, debido a las desigualdades económicas, una estrategia fundamental para su mantenimiento y el de sus hijos está basado en afianzar las contribuciones económicas de los hombres. En este proceso, las mujeres constituyen una identidad del

género que responde tanto a lo «conyugal» como a la noción de maternidad independiente. En el primero, la unión con un hombre es vista como una en la que ambos individuos mutuamente construyen posiciones de estabilidad y soporte, construidas alrededor de los ideales de amor romántico, fidelidad y lealtad. En el segundo, el hombre es atemporal o los conflictos surgen amenazando la estabilidad. Por consiguiente las mujeres pueden constituir una posición, y una representación de ellas, como relativamente independientes; no obstante, sin abandonar una noción de la maternidad «conyugal» como una definición de sí mismas, o como un derecho a reclamar apoyo de los hombres.

Para las mujeres hay varias tácticas en la estrategia general de buscar, conservar y obtener contribuciones de un hombre, tácticas que se refieren a ambas nociones de maternidad. Ellas pueden atraer a los hombres ofreciéndoles servicios domésticos, y así implícitamente la posibilidad de los servicios sexuales. Una mujer puede dar a un hombre la comida cocinada, u ofrecerle cocinar la comida que él proporcione; o ella puede ofrecerle lavar su ropa. Esto indica su interés en un hombre y es una manera de comenzar una relación que ella puede o no desear que se vuelva más permanente, dependiendo de su posición y sus motivos. Estas señales de ofertas de derechos conyugales se refieren a la posibilidad de maternidad «conyugal». Lógicamente, una mujer también puede retirar los servicios de este tipo en un esfuerzo por aplicar presión a su compañero, y negarle sexo al hombre probablemente es la opción más simple. Una mujer costeña vecina mía habló muy abiertamente sobre cómo ella le «apretaba los tornillos» a su compañero para asegurar sus contribuciones económicas. Ofrecer los servicios sexuales y domésticos a otros hombres también es un medio para terminar una unión y empezar otra. No tengo datos sobre cuán común es esta táctica, pero mi impresión es que la libertad de las mujeres para hacer esto mientras estén en una relación conyugal es vigilada fuertemente en general por su compañero masculino y por la opinión social. El poder que las mujeres pueden detentar por la oferta de servicios domésticos y especialmente sexuales, pueden en ciertas situaciones ser considerables: más de una vez me he encontrado con la historia del hombre encaprichado con su amante.

La retractación y la manipulación de ofertas

conyugales se refieren a la noción de maternidad independiente, y esto está aun más claro en el reino de la magia. La magia, o «la religión popular», se usa extensivamente en Colombia y los objetivos más comunes de acción son: amor, salud y dinero. En muchas áreas del país, las mujeres usan la magia para intentar controlar a los hombres (Bohman 1984), mientras que los hombres pueden usar la magia para intentar «conquistar» mujeres o para reforzar sus propios poderes sexuales. Los hombres me dijeron que esas estrategias femeninas pueden tomar varias formas. Una mujer puede intentar «embobar» al hombre, dejarlo tonto o fascinado, o más específicamente sin voluntad de sí mismo y así sujeto a su mando. Ella puede hacer esto de varias maneras, por ejemplo dejando ropa interior manchada con sangre menstrual bajo el colchón, o poniéndole una gota o dos de sangre menstrual en la comida o bebida. Un hombre tiene que protegerse contra estas estrategias manteniéndose alerta, evitando la comida que le den fría, pues es más proclive a la adulteración por sustancias mágicas, y también no complaciendo muy frecuentemente en el sexo. El sexo excesivo puede debilitar a un hombre y puede hacerlo más susceptible a la brujería. Así la práctica de tener muchas mujeres conlleva la posibilidad opuesta: la sumisión a las demandas de una mujer que busca estabilidad. Otras estrategias mágicas de una mujer consisten en atacar a otras mujeres que son competidoras o atacar a un hombre de quien ella quiere vengarse. Por consiguiente la magia de las mujeres es vista por los hombres como una amenaza de dos maneras: no sólo podría restringir su campo de acción en «la conquista», su movilidad y su libre voluntad, también podría volcar su dominación dentro de la casa haciéndolo sujeto del mando femenino. Ésta es una visión masculina de la magia femenina y como tal suena un tanto a paranoia: desgraciadamente, las mujeres no hablaron conmigo sobre cómo ellas usan la magia para controlar a los hombres.

Así como para las mujeres la constitución de una cierta identidad como mujeres es a menudo dependiente de la naturaleza de su relación con los hombres, una relación que ellas pueden tratar de controlar y manipular activamente, también para los hombres su relación con las mujeres es particularmente crítica en la negociación de su identidad masculina con respecto a sus estrategias

de prestigio.<sup>6</sup> Concentrándonos ahora en los hombres como mujeriegos y parranderos, con todo lo que la parranda implica en términos de participación en un mundo de solidaridad masculina, afecta, la reciprocidad económica y el prestigio, un hombre tiene que esforzarse en su dominación sobre las mujeres de varias maneras.

En el nivel más obvio, esto se halla implícito en «la conquista» de las mujeres en la cual los hombres deben ser insistentes y no deben aceptar un «no» como respuesta. La dominación aquí se expresa en más que la mera «conquista». Idealmente, la seducción se da gracias a las cualidades personales de un hombre: el hombre conquista a la mujer en virtud de su personalidad. Sin embargo, los hombres reconocen que el estatus económico y el dinero tienen un valor crucial en este juego, ya que cualquier «conquista» de una mujer involucra un gasto y también porque además puede incurrirse en obligaciones económicas si la relación continúa o produce un hijo. Un hombre puede afirmar su dominación aquí acusando a una mujer de ser «materialista» y entonces la relación se rompe o se restringen sus demandas. Que él haga esto o no, por supuesto, depende en parte de cuánto representa la relación un desagüe en sus recursos materiales (dadas sus anteriores obligaciones) y cuánto él valora esa relación en particular. La imagen del hombre encaprichado surge de nuevo en este contexto.

La dominación también es expresada en la parranda, de nuevo en una variedad de maneras. Los hombres esperan dominar la pista de baile, generalmente comenzando y dirigiendo el baile. Ellos también a menudo prueban y bailan de cerca con una mujer, si ella es una compañera apropiada, y en las canciones del vallenato lentas esto puede llevar a un estilo de baile íntimo conocido como «covar». En este estilo, un hombre y una mujer están efectivamente en un abrazo en el cual sus cuerpos están en un grado mayor o menor de contacto, especialmente alrededor del área de la cadera.

El muslo del hombre está entre las piernas de la mujer y su muslo está entre las suyas. Si el hombre tiene una erección, por ejemplo, él puede hacerlo

evidente a la mujer con un esfuerzo pequeño, si él piensa que puede permitírselo en el contexto de la relación social que existe entre ellos. En ocasiones la mujer puede empujar al hombre enseguida si ella se siente que él está poniéndose demasiado atrevido. La palabra «covar» también ocurre en el contexto de la minería de oro donde significa excavar un agujero con una barra de punta de hierro grande, en busca de los depósitos productivos de oro: las personas reconocen, con graciosa congruencia los dos usos de la palabra y hay connotaciones claras de una pasiva, secreta «portadora de oro» femenina y un activo, buscador «explorador de oro» masculino que intenta arrebatarse el tesoro del otro. Los hombres también promulgan su mando sobre las mujeres ofreciendo su mujer a otros hombres como compañeras de baile como gestos de generosidad en la red de solidaridad masculina y prestigio. Se circunscriben aquí aún más las tácticas de las mujeres. Ellas pueden tener a raya a un hombre, mientras están en la pista de baile y ellas también pueden pedirles a los hombres que bailen, sobre todo si ellas están solitarias. Sin embargo, casi siempre se trata de un hombre sentado a su mesa y que es parte de su círculo social inmediato. Pedirle a un hombre extraño que baile, o a un hombre de otra mesa, sería muy raro, mientras que los hombres normalmente hacen esto a las mujeres.

La parranda también requiere una forma diferente de dominación. Un hombre que tiene una relación conyugal encuentra a menudo que su parranda, y evidentemente sus andanzas con mujeres, no concuerdan con los intereses de su esposa. Se espera que una mujer se haga cargo de la esfera doméstica si su marido siempre está afuera con sus amigos y esto puede interferir con su trabajo y/o estudio o lo que sea que ella haga. Sus gastos afectan el presupuesto de la casa entera obviamente. Es más, las mujeres dentro de su propio dominio doméstico son cruciales para las parrandas caseras. Se espera que ellas preparen la comida con un corto plazo de aviso y a horas avanzadas, que traiga y lleve, lave, barra, cuide a los hijos despiertos por la música fuerte y además actuar como compañeras de baile. Esto no significa que las mujeres no disfruten de estas fiestas, porque a menudo lo hacen y ellas

<sup>6</sup>Como Ortner y Whitehead (1981) analizan detalladamente, el rol que las mujeres desempeñan en las estrategias de prestigio de los hombres es de importancia crucial, influyendo en la constitución del género y las relaciones. «El prestigio» analizado por Ortner y Whitehead (1981: 14) incluye dominio material y de recursos humanos, poder político, destreza personal, y conexiones adineradas, poderío y habilidad. Claramente, el papel que los hombres juegan en las estrategias de las mujeres también es crucial.

también pueden invitar a sus propios amigos y parientes. Claramente, también, el prestigio de las mujeres entre hombres y mujeres se ve afectado por el modo como ella se ocupe de estas fiestas.

Lo interesante es que muchas de estas parrandas apuntan principalmente al mundo del prestigio masculino y a menudo a las mujeres se les encuentra como sirvientas y accesorias de este mundo. Esto requiere el control masculino de la mujer, pero se reconoce que un hombre también tiene obligaciones hacia el dominio doméstico. En esencia, el hombre debe mantener la casa económicamente: un hombre de quien se sabe que sus hijos pasan hambre porque él gasta demasiado dinero en parrandas y otras mujeres está expuesto a perder su prestigio (aunque quizás no tanto como si él no saliera con sus amigos).

En la práctica, claro, esto es cuestión de equilibrar la parranda y todo lo que trae consigo en el mundo de prestigio masculino contra las demandas de la esfera doméstica y es aquí, arguyo, donde esa violencia física hacia las mujeres puede surgir como parte de la reacción de un hombre a la protesta y críticas de un esposa/compañera que está bloqueando el cumplimiento de sus deseos y, sobre todo, su participación en el mundo del prestigio masculino. Whitehead (1986: 224) también observa cómo las nociones de las Antillas de un «hombre fuerte» depende de mantener un «equilibrio social» entre «rasgos de respetabilidad» (por ejemplo la estabilidad doméstica) y «rasgos de reputación» (por ejemplo la proeza sexual, la bebida).<sup>7</sup> Generalmente, entonces, ser incapaz de mantener este tipo de equilibrio puede bloquear la constitución de un valor estimado de masculinidad, produciendo una amenaza a la identidad personal y sentimientos de frustración desde donde puede surgir la violencia doméstica hacia la compañera femenina. Así entiendo el episodio de maltrato a la esposa que tuvo lugar en el siguiente estudio de caso, el cual ilustra estos temas más explícitamente.

La familia era originalmente de un pueblo en la región de la costa Atlántica, pero muy cerca del Chocó. Ellos habían emigrado a una ciudad del interior del país, unos diez años antes. El hombre, Alberto, fue bien educado al nivel de la universidad y ocupaba un puesto en la enseñanza escolar primaria, pero sus orígenes y

el círculo social eran principalmente de la clase obrera. La mujer, Nancy, tenía sólo educación primaria. Ella trabajaba en una fábrica de ropa durante el día y también asistía a clases de educación secundaria en la escuela nocturna. Su paliza para ella fue subrepticia y sólo lo descubrí bastante tarde: ella conspiró manteniéndolo oculto, sintiendo que era un asunto privado y vergonzoso, aunque una vez ella supo que yo sabía, estuvo deseosa de hablar del tema. Él estaba generalmente a la defensiva sobre esto, diciendo que sabía que no debió hacerlo, pero también diciendo que sin embargo él sólo «le dio unas pocas palmadas» y realmente no la hirió.

En mi interpretación, su violencia era una expresión de la frustración que él sentía por no tener lo que deseaba, una frustración que descargó en ella. Más particularmente, su frustración derivó de la tensión entre los dos conceptos centrales de masculinidad con los cuales el trataba simultáneamente de definirse a sí mismo como hombre, qué para él estaban en conflicto; y entre éstos y los esfuerzos de su esposa por definir su propia feminidad en términos de una posición de independizarse vía su educación y trabajo, mientras todavía valoraba la posibilidad de una maternidad de forma «conyugal» que correspondió de alguna manera a la noción de «padre bueno» que él mismo ofreció. Lo que él quería era que ella se quedara en el hogar y cuidara la casa y los hijos «apropiadamente». Por esa época, él trabajaba sólo medio día y algunos de los cuidados de sus dos hijos recaían en él, como tenerlos listos para la escuela y así sucesivamente. Sin embargo él no ganaba lo suficiente para realmente no permitirle trabajar a ella, así que no tenía otra opción. Al mismo tiempo, él quería tener suficiente dinero y tiempo para salir a beber con sus amigos y compadres, para poder invitarlos a su casa a comer, beber, escuchar música y bailar. También deseaba poder salir con su esposa, junto con sus amigos y sus mujeres/esposas, para que ella también disfrutara. Las actividades de su esposa en este aspecto fueron cruciales dado que la ausencia de él mientras estaba afuera con sus amigos significaba que los niños podrían estar solos, algo que ni él ni ella toleraban, mientras que la carga triple de ella por el trabajo de la fábrica, la escuela nocturna y los quehaceres domésticos significó que ella tenía a

<sup>7</sup>Véase también Wilson (1973) quien fue uno de los primeros que contrastó reputación y respetabilidad en formas similares.

menudo poco tiempo o paciencia para salir con él y sus amigos o para la hospitalidad y fiestas que él quería dar, pues esto implicaba que ella debía cocinar y limpiar y también la hacían trasnochar.

Para él hubiera sido ideal haber tenido dinero suficiente para mantenerla a ella en casa, y ser un buen padre/esposo, mientras al mismo tiempo salía a beber, invitaba a sus amigos y les daba hospitalidad, para así equilibrar su imagen como un buen padre/esposo con su reputación como un buen compañero bebedor, amante de las fiestas entre sus amigos. Pero su situación financiera, combinada con la necesidad de su esposa de trabajar y su determinación para hacerlo, e ir a estudiar en la escuela nocturna, hacían difícil lograr este ideal, y la insistencia de él por lograrlo era muy irritante para ella, causando las peleas y desacuerdos que culminaron en que él le pegó. Esta violencia física fue así una salida a su frustración general y específicamente a la que sentía por ella. A él le habría gustado que ella fuera una «esposa buena»: sumisa, alcahueteando sus demandas y las de sus amigos después de una tarde de estar bebiendo. En una magnitud notable ella hizo todo esto y lo combinó con el trabajo de la fábrica y el estudio, pero ella también lo criticó, se plantó en ciertos temas e insistió en intentar mejorarse así misma a través de la educación; esto se apartaba del punto de vista de él sobre cómo deberían ser las cosas. Sin embargo la pregunta sigue en pie sobre por qué su frustración debe expresarse en violencia, y el por qué de la violencia hacia su esposa en lugar de dirigirla, por ejemplo, a sus amigos masculinos.

Esto puede abordarse hasta cierto punto a nivel individual. Alberto era de muchas maneras una persona violenta que tendía a resolver ciertos tipos de confrontación con violencia. Pero este tipo de explicación es muy parcial y necesita ser puesta en contexto. Colombia es un país violento y la violencia ha sido un rasgo endémico de su historia. Éste es un inmenso y complejo tema que no puedo abarcar aquí. Baste con decir que muchos conflictos de clase, raza, región y obediencia política en la historia del país y que todavía hoy subsisten, le han dado un contexto social particular en el que la violencia es un elemento importante en dirección de las relaciones sociales y conflictos. En este contexto, donde se recurre frecuentemente a la violencia en un conflicto de intereses, también sucede

que la identidad masculina que a menudo se afirmada y se protege con violencia. Por ejemplo, a un amigo mío le dispararon en el tobillo por decir un piropo a una mujer cuyo hombre estaba en la vecindad; y en los periódicos aparecen relatos de disparos en los bares de las afueras en incidentes similares. Los hombres asumen su derecho a controlar y poseer a una mujer contra los intentos de otros hombres de usurpar ese derecho, y la reacción tiende a ser violenta. Este tipo de violencia no es una prerrogativa masculina.

Las mujeres también luchan y he visto a las mujeres atacarse unas a otras con puños, uñas, cuchillos y botellas. La causa más usual de violencia es el conflicto sobre los hombres, y la mayor parte de la violencia que presencié fue en Medellín donde las mujeres negras migratorias excedían en número a los hombres, creando una situación de competencia. La violencia es así también una táctica usada por las mujeres como un medio para sus fines y, a esta magnitud, las mujeres concuerdan con un sistema en el cual la violencia es vista como una reacción legítima a un conflicto de intereses.

Los hombres usan la violencia contra las mujeres de varias maneras. La usan para circunscribir la libertad de las mujeres para comenzar enlaces sexuales fuera de la relación conyugal, ya sea que éstas sean aventuras pasajeras o el antecedente de ruptura de una unión consensual. Si se considera que una mujer es la *mujer* de un hombre y está cohabitando con él, la infidelidad en este tipo de unión está propensa a conducir a la violencia. Igualmente, la violencia puede aplicarse a las mujeres cuando ellas desafían la dominación de un hombre o interfieren con sus preferencias de cómo compensar sus diferentes obligaciones y ambiciones, como en el caso de Alberto y Nancy. Sin embargo sigue en pie la pregunta del por qué la violencia hacia las mujeres en una situación en la que un hombre se siente debatir entre dos posiciones masculinas que están en conflicto para él. Parte de la respuesta debería encontrarse aquí en la experiencia de la violencia en el hogar: la paliza a los hijos, como dependientes que están claramente más abajo en la jerarquía familiar que los adultos, es una práctica estándar a lo largo de Colombia como un castigo para las fechorías, y, claro, esto es emprendido tanto por las mujeres como por los hombres.



Sin embargo golpear a los niños no es un derecho generalizado en el mundo adulto: un padre puede pegarle a sus propias hijas o hijos, pero pegarle al hijo de otra persona está lleno de riesgo de usurpar la autoridad y derechos de esa persona. La violencia, entonces, es considerada normal dentro de la casa como una medida correctiva, pero tiene lugar dentro de un marco definitivamente establecido de parentesco (o cuasi-parentesco) y de mayoría de edad. En la violencia de un hombre contra su esposa/mujer, el mismo tipo de razón está operando: la mujer es vista en un rango social inferior en la relación y el hombre está afirmando su mayoría de edad social y por tanto su dominación y la prioridad de sus deseos dentro de la casa.

La violencia aquí tiene un carácter diferente al de la violencia fuera de la casa (así como las relaciones conyugales se diferencian de las aventuras sexuales transitorias en las canciones del vallenato): los hombres la ubican en el reino del castigo a las personas de rango inferior para delitos menores, un tipo de violencia de la cual los adultos se ríen cuando recuerdan cómo la sufrieron de niños, y a menudo se ríen respecto a las palizas que ellos mismos administran, una vez su enojo se ha apagado. La violencia dirigida contra los hombres dentro del círculo masculino de solidaridad, por ejemplo, tendría un carácter muy diferente y mucho más peligroso, implicando la ruptura radical y la posibilidad de réplica y acentuación.

Esta interpretación por cierto es corroborada por los hombres al hablar sobre la violencia hacia las mujeres, presentándola bajo una luz benigna. De vez en cuando las mujeres se ponen tercas y difíciles, critican y hacen exigencias. Así que, según dicen los hombres, ellas están «buscándose» una paliza. Cuando esta es administrada, según este relato, la mujer se pone feliz, amorosa, dócil. Es decir, los hombres retratan esta violencia como una disciplina correctiva necesaria para las mujeres, y ellos pueden más allá incluso y decir que las mujeres realmente quieren que un hombre afirme su autoridad pegándole. Los hombres relatan a menudo estas historias de moralidad apócrifas con un aire de ligero asombro: como si estuvieran incrédulos de que las mujeres realmente fueran tan perversas como para necesitar ser golpeadas. Esta incredulidad también es una indicación que los hombres saben que su esfuerzo por representar la violencia hacia

las mujeres desde este punto de vista y asimilarlo al castigo aplicado a los niños malos es de hecho muy debatible y que la realidad es que las mujeres están siendo presionadas por la dependencia material y las definiciones dominantes de género a jugar un cierto papel de «la mujer conforme», la mujer obediente que satisface las estrategias de los hombres, ya sea que éstas se dirijan hacia el cambio de hogar en los modelos de poliginia serial, «conquistando» muchas mujeres, o que conduzcan a mantener sus reputaciones como buenos compañeros de fiesta y bebedores. Los hombres tienen una actitud ambivalente hacia la violencia, por una parte, la toman como un derecho de dimensiones cuasi-paternales, y por otra parte reconociéndola como un abuso, sobre todo si es brutal.

La reacción de las mujeres a la violencia la ubica desde puntos de vista muy diferentes a la fachada benigna que los hombres a veces intentan dibujar sobre ella. En mi experiencia, reconocidamente limitada, ellas la ven como un abuso de fuerza y poder, como patentemente injusta y como una experiencia que más que nada las aliena de sus compañeros. Sin embargo no hay ninguna duda, de que les inculca temor así como intenso resentimiento y en ese medida puede actuar eficazmente como un freno para la tendencia de una mujer a criticar su compañero y de hacerle reclamos. Las tácticas para tratar con la violencia parecen limitadas. Dejar a un hombre es posible, pero depende mucho de la posición económica de una mujer, si ella está casada o no, la edad de sus hijos y la posibilidad de instalarse con un pariente. Sin embargo la violencia a una esposa o compañera femenina, también es violencia a la hermana, hija, madre o comadre de otro hombre, y llamar a un intermediario es quizás más común que dejar al hombre. En mi experiencia, sin embargo, la intervención de los hombres en la violencia hacia las mujeres es limitada. En el caso de Alberto, tanto su hermana como una comadre eran atacadas de vez en cuando por sus maridos. Alberto intervendría aquí de una manera diplomática, pero él nunca rompió las relaciones con ninguno de los dos hombres y todavía socializaba con ellos; ni los censuró severamente. En estos casos, entonces, la intervención masculina tuvo lugar estrictamente dentro de los límites de la solidaridad masculina, con compadres o parientes quizás llevando aparte al hombre y persuadiéndolo a no ser demasiado

violento, en lugar de censurarlo y así poner en peligro la relación entre ellos. La actitud ambivalente de los hombres hacia la esposa golpeada es evidente aquí.

### Conclusión

He argüido que esa violencia hacia las mujeres en la esfera doméstica está arraigada en los conflictos entre los procesos de hombres y mujeres de constituir sus propias subjetividades de género, procesos que a su vez involucran conceptos contradictorios de masculinidad y feminidad. Estos conceptos de género, si bien bastante familiares para un observador occidental, no obstante son elementos culturalmente específicos en la constitución de una subjetividad de género. La violencia, entonces, no surge simplemente de algún conflicto evidente entre «la masculinidad» y «la feminidad» vistas como los contrarios unívocos en una relación simplemente caracterizada por «la dominación masculina» o «el patriarcado». Surge más bien de los conflictos dentro de aspectos diferentes de masculinidades y feminidades y entre ellos, varios de los cuales hombres y mujeres reconocen y pueden valorar en ellos mismos y en otros, varones y mujeres. No se trata de negar las diferencias de poder de género, promulgadas en la economía y las representaciones; se trata de matizar nociones de género y dominación excesivamente simplificadas e indiferenciadas. Las desigualdades de género no están diferenciadas y opuestas de una manera simple: no sólo porque masculinidad y feminidad son conflictivas y ambivalentes para hombres y mujeres, sino porque en el caso de Alberto y Nancy, el contexto de la violencia era de clase obrera, donde el dinero era escaso, y sin embargo, para los hombres por lo menos, los valores en torno a la parranda son más poderosos para definir ciertos aspectos de masculinidad. El género y la clase (para no mencionar región y raza) todavía se cruzan para diferenciar aun más las masculinidades y feminidades.

La violencia parece tener lugar hacia los márgenes silenciosos de diferentes posiciones de género del sujeto. Alberto y Nancy conspiraron guardando su

violencia doméstica en secreto e incluso cuando me di cuenta seguía siendo una actividad silenciosa, nocturna y vergonzosa. En las imágenes personificadas en las letras del vallenato no hay ningún lugar manifiesto para la mujer golpeada por el hombre o la mujer físicamente abusada. Generalmente éstas no son posiciones que hombres o mujeres quieran hacer públicas. Más bien son tácticas al margen que los hombres adoptan y las mujeres soportan (y quizás rechacen) en sus esfuerzos por constituirse como «hombres y mujeres» valiosos. Esta violencia se da mejor en baja voz, en susurros. Pero esto es relativo, ya que para el hombre pueden ser medios para un fin potencialmente valorado, aunque no reconocible, mientras para la mujer, aunque puede conducir a alguna parte (por ejemplo «la madre que ha soportado todo»), generalmente no es una posición estimada. Para los hombres, puede ser un desahogo de enojo y una táctica secreta para constituir una tensión productiva entre los aspectos contradictorios de su masculinidad; para una mujer es más un momento de tensión improductiva en el cual su propia subjetividad se estanca mientras ella se convierte en un objeto violado en la constitución de masculinidad.<sup>8</sup>

La representación de la experiencia de Nancy de violencia es claramente problemática para mí. Corro el riesgo de representarla a ella como un objeto y reproducir su objectificación; o corro el riesgo de intentar representarla como sujeto sin el conocimiento suficiente de su experiencia. Es más, como tercera persona, mi propio sentido de masculinidad estaba profundamente envuelto en el conflicto y mi conocimiento de la violencia mediada por mis relaciones con Alberto y Nancy. La lealtad a Alberto, guía y mentor en la parranda rodeada de solidaridad masculina ostentosa y en mi red creciente de informadores y amigos, estaba en contraposición con una simpatía paralela aunque embarazosa hacia Nancy, con mi admiración y también lealtad hacia ella, y tanto ella como yo nos oponíamos (aunque con puntos de vista diferentes) al tratamiento que Alberto le daba a ella. Como hombre, me situé con él, pero también con ella.

<sup>8</sup>En el contexto de *sati* (auto-inmolación de viudas en las piras funerarias de sus esposos), Spivak habla de una «violenta aporía entre estatus de sujeto y objeto» (citada in Young 1990: 164). En «¿Puede hablar la subalterna? Especulaciones sobre el sacrificio de viudas» (Wedge, 1985, vols. 7/8, pp. 120-130), Spivak sugiere que en principio es problemática la misma presuposición de que haya una voz auténtica que corresponda a una subjetividad plenamente constituida en las mujeres que se auto-inmolan como viudas (véase Young 1990: capítulo 9). Lo mismo podría aplicarse a la violencia doméstica, pero tal conclusión tendría que estar sujeta a mayores investigaciones sobre cómo las mujeres como Nancy verbalizan sus experiencias.

La estructura de este ensayo claramente refleja tanto mi posición y mi experiencia como las de Alberto y Nancy, pero esto en sí mismo no es ningún tipo de

«invalidación». No puede evitarse el estar situado, ni es posible resolver completamente sus implicaciones: esto debe ser reconocido antes que enmascarado.

## Referencias

- Bohman, Kristina. (1984) *Women of the Barrio: Class and Gender in a Colombian City*, Stockholm: University of Stockholm.
- DANE. (1986) *Colombia Estadística, 1986*. Bogotá: Departamento Administrativo Nacional de Estadísticas.
- Dussán de Reichel, Alicia. (1958) 'La estructura de la familia en la costa Caribe de Colombia', in *Minutes of the Thirty-Third International Congress of Americanists*, México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Friedemann, Nina de. (1974) 'Minería del oro y descendencia: Güelmambí, Nariño', *Revista Colombiana de Antropología*, 16: 9-86.
- Gutiérrez de Pineda, Virginia. (1975). *Familia y Cultura en Colombia*, Bogotá: Colcultura.
- Llerena Villalobos, Rito. (1985) *Memoria Cultural en el Valledupar*, Medellín: Centro de Investigaciones, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad de Antioquia.
- Maya, Luz Mercedes. (1987) 'Familia, parentesco y explotación minera desde el fin de la esclavitud hasta hoy', unpublished field report, Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales, Paris.
- Moore, Henrietta. (1988) *Feminism and Anthropology*, Cambridge: Polity Press.
- \_\_\_\_\_. (1994) «The problem of explaining violence in the social sciences». *Sex and Violence: Issues in Representation and Experience*. Edited by Peter Gow and Penelope Harvey. London: Routledge.
- Ortner, Sherry and Harriet Whitehead (eds.). (1981) *Sexual Meanings: The Cultural Construction of Gender and Sexuality*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Pleck, Joseph. (1981) *The Myth of Masculinity*, Cambridge, Mass.: MIT Press.
- Wade, Peter. (1993) *Blackness and Race Mixture: The Dynamics of Racial Identity in Colombia*, Baltimore, MD: Johns Hopkins University Press.
- Whitehead, Tony. (1986) 'Breakdown, resolution and coherence: the fieldwork experiences of a big, brown, pretty-talking man in a West Indian community' in Tony Whitehead and Mary Conaway (eds.) *Self, Sex and Gender in Cross-Cultural Fieldwork*, Urbana: University of Illinois Press.
- Whitten, Norman. (1974) *Black Frontiersmen: a South American Case*, New York: Wiley and Son.
- Wilson, Peter. (1973) *Crab Antics: The Social Anthropology of English-Speaking Negro Societies of the Caribbean*, New Haven: Yale University Press.
- Young, Robert. (1990) *White Mythologies: Writing History and the West*, London: Routledge.